

Juana Salabert

EXTRAMUROS

Se nos ha ido Carmen Laforet, que irrumpió en el panorama literario de un país en ruinas y aplastado por la aún filonazi y autárquica dictadura franquista. Como Ana María Matute, que llevó con diecisiete años a la intuitiva editorial Destino su primer manuscrito, como el jovencísimo Delibes – a la década siguiente llegarían Aldecoa y otros-, Carmen Laforet introdujo un soplo de aire fresco en la viciada atmósfera de las “imperiales” y acartonadas letras de la época. Una época marcada por una censura rencorosa, por la triunfal estrechez de miras de un régimen cuyo máximo empeño “patriótico” consistió en devolver al país de Cervantes a los “intramuros” de Occidente. *Nada*, espejo “roto” de una rota realidad fue obra pionera. Sobrevino después el silencio hasta la aparición de *La isla y los demonios* y *La mujer nueva*, reeditada ahora por Israel Rolón Barada, editor asimismo en Destino de la interesante correspondencia de la escritora con el prolífico autor, exiliado en USA, Ramón J. Sender. *La mujer nueva*, que la crítica de entonces entendió como una llamada hacia la fe de su autora es sin embargo, y como *Nada*, virulento ataque contra la hipocresía social dominante en un tiempo regido por la ideología que relegó a la “condición femenina” al doble papel de presa y guardiana del “hogar”. “Mi padre es de esos señores muy amigos de los curas, muy metido en la iglesia, que organiza procesiones y que luego tiene...amigas...y bah, son gente aburrida, mis padres”, resume su protagonista. Es de nuevo otra andadura “extramuros”. Y digo “extramuros” porque a lo largo de su sincera y emotiva correspondencia un Sender ya anciano, admirativo y generoso, pero muy “pedestre” en su visión de la mujer escritora –llega a calificar a la gran Pardo Bazán de “autora con barbas” en sintonía con cierto feminismo reaccionario estadounidense siempre atento a las vacuas señas de identidad “genital”, es justamente la frágil literata del “interior” quien más abierta y menos encorsetada se muestra, recién instalada en Roma en busca de libertad personal, en su diálogo con el mundo. “Llamé a los Alberti y me acogieron con una cordialidad enorme. Mi punto de vista político, en lo que se refiere al comunismo, está clarísimo para ellos desde el primer momento en que nos vimos, lo que no les impide quererme”, le escribe al Sender novelista compulsivo y enfermo de nostalgia por el país perdido. Al revés que éste, Laforet se revela en su intercambio epistolar inmune a la sola tentación de la palabra como “credo” de vida. Es, en ese cruce permanente de cartas, una escritora que desea verse más allá del espacio de la escritura. Alguien que rehúye saberse representada únicamente como inventora de ficciones. Su catolicismo, tan próximo al espíritu del Concilio Vaticano II (“me gusta que te

guste Allende”, le Scribe a Sender en 1972), no le aboca al enclaustramiento, sino al extrañamiento. A ese vagar por el mundo con la curiosidad intacta de la muchacha que quiso para sí no una, sino muchas “habitaciones propias”, y levantadas extramuros porque llevaba en la memoria la nada de ese tiempo carcelario y excluyente que la vio crecer.